

—¡Quieto ahí!..., ¡quieto ahí!... ¡Termine con estas paces el 1.º de Octubre! ¡Tú eres incapaz de cometer la infamia de irte!...” ¡Esto me basta!... ¡Ya sé cuanto necesitaba saber!... ¡No hablemos más hoy! Me siento fatigadísima y voy á acostarme. Déjame descansar... ¡No estoy buena! Retírate á tu cuarto, y arregla allí nuestro plan para mañana. ¡Adiós, Guillermo mío!... Adiós... Adiós...

Así dijo *la Pródiga*, y desapareció, cerrando con llave la puerta que daba á sus habitaciones.

Guillermo, desconcertado y confundido por aquellas raras actitudes y afables palabras, había hecho un movimiento como para detenerla, y el caso fué, en resumen, que la dejó marchar sin levantarse del sillón para seguirla, y que luego sintió gran pena al verla desaparecer y oír que se encerraba con llave... También él estaba fatigadísimo de las disputas de aquel día.

Cogió, pues, el malhadado periódico y lo estrujó con furia, haciendo ademán de arrojarlo á las llamas...

Pero arrepintióse en el acto; lo desarrugó cuidadosamente y se puso á leerlo...

Y tanto le interesó su lectura, que, terminado aquel número, buscó en la repisa de la chimenea el del día anterior, y después el del precedente, y en seguida otros muchos, hasta que, cerca ya de las tres de la madrugada, las lámparas comenzaron á apagarse...

Volvió á colocar entonces en su sitio todos los periódicos, no sin poner antes á cada uno su respectiva faja, para que no se conociera que los había leído, y se retiró á su cuarto muy quedamente, á fin de no despertar á Julia.

Veamos nosotros si *la Pródiga* dormía ó velaba á aquellas horas, en que ya habían pasado cuatro ó cinco desde que dejó de sonar la música y el baile en el caserío de la escondida cortijada, albergue, en tal noche, del honradísimo dios Himeneo.

## X

## CARTAS Y RETRATOS

No bien penetró Julia en sus habitaciones, después de dar á Guillermo aquel adiós tan repentino y amistoso, cuya trágica solemnidad no adivinó el insensato amante, la abandonaron completamente las fuerzas, y dejóse caer en un sofá, lanzando mal comprimidos lamentos de dolor y egoísmo...

Sofocó luego sus sollozos, y permaneció allí algunos segundos más, llorando silenciosamente á la sombra, amiga piadosa de los desgraciados que no aguardan consuelo... ¡Oh, sí! La obscuridad que en aquel aposento reinaba, tenía algo de la mudez y discreción del sepulcro, y Julia no vaciló en confiarle el secreto de sus miserias, su amor á la vida que iba á perder, su miedo á la muerte, su pena de dejar á Guillermo, su despecho al verse desamada...

Pronto, empero, terminó su angustia. Un fuerte suspiro, como de resolución ó descanso, dió á conocer que la conformidad y la entereza habían vuelto á su espíritu; y, después de breves instantes de meditación y sosiego, levantóse enteramente resignada, encendió luz en el aposento que le servía de gabinete, reavivó la lumbre de

la chimenea, y se puso á abrir y registrar papeleras y cómodas y á colocar sobre una mesa-escritorio varios legajos, paquetes y estuches.

Preparó en seguida papel, tintero y lacre, dió cuerda al reloj que pendía de su cintura, no sin reírse irónicamente de tal acción; se miró algunos segundos, cara á cara y con torva fijeza, en el espejo de un armario, cual si se despidiera de sí misma ó se asegurase de su propio valor y arresto, y, sentándose, por último, delante del pupitre, murmuró con la sencilla tranquilidad de una heroína griega:

—¡Pobre Guillermo! ¡Qué mal día va á pasar mañana!

Pronunciada esta frase, cogió la pluma y escribió los siguientes renglones:

“Mi muy amado Guillermo:

”Si, al menos, en esta suprema y última hora de mi vida, acertaras á leer dentro del corazón de la que fué tu Julia, verías que lo que más siente al morir es pensar en el dolor que va á causarte... Pero sírvate de consuelo, bien mío, saber que no te dejo por cansancio, por tedio, por desamor, sino porque, como te dije la infausta noche en que llegaste de Madrid, *“te amo más que á mí misma, más que á mi propio amor, más que á mi infeliz alma.”*

”No me acuses de ferocidad ni de locura al verme tomar esta resolución. Piensa, por el contrario, que te la he anunciado muchas veces y que hoy es ya absolutamente necesaria.

”Te la anuncié aquella noche, y formó parte de nuestro contrato amoroso, cuando te dije: *“Vienes á*

*colocarte y á colocarme entre dos abismos..., y á mí me toca ser la víctima.”* También recordarás los fúnebres gritos que me había arrancado tu presencia... *“¡Insensato! ¡Insensato!”* (exclamaba yo, previendo el suicidio á que me arrastraría tu demencia y mi generosidad). Y después, al aceptar la muerte que me ofrecías con tu obstinado amor, añadí lúgubrementes. *“¡Estaría escrito!... ¡Era fatalidad de mi estrella!”* Tampoco habrás olvidado, mi buen Guillermo, que, cuando te negabas á prometerme que te marcharías tan luego como nuestras relaciones fuesen para ti una cadena, pronuncié estas solemnes palabras: *“Pues bien: yo, la Pródiga, pongo á Dios por testigo de que no te pesaré ni un solo día, de que no me aborrecerás ni una sola hora, de que no estorbaré á tu gloria ni á tu felicidad ni un solo instante...”*

”¡Ya ves que tengo buena memoria! No es culpa mía si tomaste esos juramentos por románticos expedientes de mi flaqueza ó por trámites artísticos de mi caída... Yo te hablaba con sinceridad. Ya te anunciaba desde luego que no inmolaría tu juventud y tu honra en aras de mi pasión, como cualquier mezquina pecadora entrada en años, de esas que, á título de esposas ó de queridas, son oprobiosa carga de pusilánimes ó demasiado generosos mancebos; sino que, por el contrario, te sacrificaría mi amor y mi vida para que recobrases la libertad cuando la necesitaras.

”Y que ya la necesitas, Guillermo mío, es indudable: lo sabes tú como yo, lo comprueba todo el día de hoy, lo atestiguan escenas ocurridas anteriormente...; ¡debió revelártelo hace una hora, aquel horrendo grito que dí al

oir sonar el primer aullido de un nuevo invierno! ¡Ay!..., ¡sí!... ¡El espectro de mi premeditado y ya indispensable suicidio surgió ante mis ojos en aquel instante; porque en aquel instante fué cuando comprendí que tú no puedes ya permanecer ni un día más lejos del mundo, sin aborrecerme, sin execrarme, sin maldecirme!

"Si lo dudas, recuerda alguna de tus palabras y acciones de este funesto aniversario... Recuerda la noble envidia con que te quejabas de no tener hijos... Recuerda el dolor y la desesperación con que, al ver que un cura de aldea y unos labriegos anatematizaban nuestra conducta ilegal y antisocial, gritaste poco después:—"*¡Execrados de todo el mundo!... ¡Esto no puede sufrirse!...*"— Recuerda la ferocidad, hija del fastidio, con que me has invitado á contarte la historia de mis dolores y afrentas... Recuerda que hemos llorado... Recuerda que has leído con ansia voraz el boletín de las delicias y grandezas de la corte... Recuerda, en fin, las espantosas frases con que has respondido á mis súplicas de que te marcharas...— "*¡No vuelvas á insultarme diciéndome que te deje!...*" (has exclamado con desaliento). *¡Yo soy incapaz de cometer la infamia de irme!...*"

"¡Esto, esto me has contestado! Es decir, Guillermo, que no el amor, sino la compasión; no el cariño, sino la hidalguía; no el placer, sino un punto de honra, te retiene ya á mi lado... No te recrimino por ello: antes bien agradezco tu generosidad... Pero la *Pródiga* no puede admitir ese sacrificio!... ¡Prefiere sacrificarse ella, y se sacrificará sin odio ni amargura!...

"Ya estás curado de lo que llamé hace siete meses tu *excesivo odio á la sociedad* y tu *exagerado amor á mi*

*persona*. La lluvia de hoy... (no te lo digó con ironía...) y el miedo al mal tiempo que ha de seguir ahora, te habrán convencido de que me confundiste con la Naturaleza, atribuyéndome amenidades y delicias que eran del campo y de las estaciones... Yo contaba con ello... Yo estaba segura de que, al nublarse el cielo, se nublaría también tu amor... Eres joven; eres poeta; necesitas más vida que la que yo puedo darte... Vete, pues, dueño mío; vete, y sé dichoso; vete, y..."

Por aquí iba Julia en la redacción de su carta, cuando se detuvo de pronto, arrojó la pluma y exclamó con varonil entereza:

—¡Qué mezquindad! ¡Donosa manera de sacrificarme! ¡Bizarro modo de contribuir á la ventura del infortunado! ¿Qué haría esta carta sino llenar de eternos remordimientos su corazón? ¡Oh!..., no: no es así como debo escribirle... ¡Tengo que ser completamente generosa!... Necesito sacrificarle, no sólo mi vida, sino también mi amor; libertarlo hasta de mi memoria; escribirle tal carta que me abomine, que se marche, que no llore mi muerte, ¡que pueda, en fin, ser enteramente dichoso en brazos de la futura compañera de su vida, de la madre de sus hijos!...

Dichas estas palabras, rompió en menudos pedazos cuanto había escrito y los arrojó á la chimenea.

Enjugóse luego las lágrimas y dijo:

—Más tarde escribiré la sacrílega carta que habrá de hacerme aborrecible á sus ojos... ¡Ahora no puedo!... ¡Me faltarían fuerzas para vivir tres ó cuatro horas después de haber escarnecido mi noble amor!... Liquidemos antes con el resto del mundo...

Escribió entonces una especie de testamento, en que declaraba, con generosa falsedad, haber recibido los ocho ó diez mil duros que aun le debía el capataz por pago de la cortijada y del palacio, y en que legaba á Brígida todas sus ropas y alhajas, y á José los muebles, la jaca y las palomas.

Reunió en un paquete todo el dinero que tenía, y escribió sobre él: "*Para mi entierro, y lo sobrante para los pobres más necesitados del cortijo.*"

Metió el testamento y el paquete en una cajita de palo de rosa, que envolvió en papel y lacró con mucho cuidado, y puso encima: "*Esta caja será abierta por Antonio cuando yo muera.*"

La colocó, por último, en sitio muy visible, y, al encaminarse otra vez hacia el escritorio, donde aun tenía papeles y cosas que arreglar, se detuvo de pronto y dijo para sí:

—¿Qué hará todavía en el salón? No lo he sentido entrar en su departamento... ¿Si me estará aguardando? ¿Si se quedaría ofendido, y esperará á que yo me apiade de su larga vigilia y vaya á quitarle el enojo? De todas maneras, quiero verle otra vez sin que él lo note...

Se dirigió, pues, de puntillas hacia la puerta que antes aseguró tanto, y púsose á mirar por la cerradura...

Trabajo le costó á la infortunada *Pródiga* contener el gemido que brotó de su corazón al ver á Guillermo rodeado de un mar de periódicos abiertos, que yacían por tierra, cubrían el velador y casi lo tapaban á él; já él, cuyos ávidos ojos devoraban rápidamente columnas y columnas del extensísimo diario, como buscando el

complemento de interesantes noticias que ya hubiera leído!...

Pesarosa de su espionaje, y herida de nuevo en mitad del alma, replegóse otra vez al ya casi mortuorio aposento en que disponía su evasión del mundo y de la vida...

—¡Indudablemente...—se dijo llena de pavor,—la fatalidad tenía decretado acabar esta noche su obra!... ¡Véase, si no, con qué maravilloso instinto nuestro adorado Guillermo comienza á fortificar su alma para soportar el disgusto que habrá de causarle mi muerte!... ¡Oh pérfido Eneas!...—añadió con magnánima burla.—¡Cómo preparas sin darte cuenta de ello, las velas que han de llevarte á Madrid!... Pero mañana no tendrás que hacer á escondidas esos preparativos... Mañana no tendrás que leer á *traición* los periódicos... ¡Mañana serás libre, y podrás volver, sin la mengua de negarme tu misericordia, al mundo que ya te quita el sueño, y averiguar por tí mismo qué ha sido de la cartera que otra vez ambicionas, y si piensa ó no contraer segundas nupcias aquella Duquesita contra quien tan indignado hablabas esta noche! ¡Pobre Guillermo mío! ¡Cuánto te conviene que yo me quite la vida, ya que tú eres *incapaz de cometer la infamia de dejarme!* ¡Aprende á amar de *la Pródiga!*... Podría retenerte años y años, abusando de tu dignidad y á costa de tu ventura, y te suelto... ¡Podría amargar toda tu vida apellidándote mi verdugo y suicidándome *en tu presencia*, y aquí me tienes que, en vez de tomar esa venganza de tu veleidat, te escribiré de tal modo que no sientas mi muerte! Pero ¡ay! ¿Qué sabe el ambicioso, qué sabe el poeta, qué sabe el egoísta, qué sabe el hombre lo que es amar?... ¡Amar es complacerse en la

felicidad ajena!... ¡Amar es gozarse en padecer por el objeto amado!... ¡Amar es morir para que los demás vivan!...

Como si este último concepto hubiese recordado á Julia algo que con él se relacionase, buscó rápidamente, entre los objetos testamentarios que había colocado sobre el escritorio, un estuche de terciopelo carmesí; lo abrió con mano trémula y cariñosa; se llevó á los labios el retrato en miniatura que contenía, y luego se puso á contemplarlo llena de amor y júbilo.

Representaba la miniatura á un hombre como de treinta años, vestido á la griega moderna, y hermoso y gallardo sobre toda ponderación. Era indudablemente aquel Príncipe candiota que se suicidó al verse obligado á separarse para siempre de Julia...

—Perdone mi inconstante Guillermo (murmuró la sentenciada á muerte) si en esta fatídica noche yo también hago un *pequeña traición* á nuestro cariño... Perdone si, antes de morir, dedico un recuerdo á mi pasado... ¡Oh noble y heroico Andrea! ¡Mejor cifrada en ti, que en el cruel por quien lloro loca de amor y desconsuelo, hubiera estado la pasión que me mata!... ¡Nadie me ha amado como tú!... ¡Nadie! ¡Nadie! Dirás que luego he profanado tu memoria... Pero ¡harto bien te han vengado mis desventuras!... ¡Breves, muy breves han sido mi infidelidad y nuestra separación!... Dentro de pocas horas me cubrirá como á ti la fría y muda tierra, y... ¡quién sabe!... ¡Quien sabe si más allá del sepulcro hay, como tú creías, una patria común para las almas!... ¡Hasta luego, ó hasta nunca, mi querido Andrea!

Dicho esto, sacó el retrato del estuche y lo arrojó al fuego.

Lo mismo hizo con otros dos (sin más que haberlos mirado indiferentemente) y con muchos papeles, cintas, pañuelos, flores secas y otros miserables restos de amorosos naufragios...

—¡Triste y baja historia la mía!...—pensó entonces. —¡Ya era tiempo de que la pusiera fin!... ¡Ah! ¿Por qué no dediqué desde luego toda esta riqueza de amor al culto de un solo hombre, digno del alma que me arrancaron al casarme con aquel monstruo de ordinariez y crueldad?... ¿Por qué nací destinada á ser ave de paso, que nunca tornó á hallar el antiguo nido? ¿Por qué he cruzado tantos horizontes sin verdadero hogar para el alma?... ¡Oh tardía advertencia!... ¡Cuán estérilmente he prodigado los tesoros de mi corazón! ¡Y qué vencida y afrentada me veo al cabo de esta larga lucha con las leyes de la sociedad!... ¡Yo sí que envidio á las fieles esposas, á las afanadas madres, á las piadosas viudas, á las heroicas vírgenes! ¡Ay de mí, que no tengo más compañero ni ídolo que el oprobio, suma definitiva de mis recuerdos y esperanzas!

En esto miró el reloj.

—Las dos y media...—dijo.—¡Me quedan todavía tres horas de vida!... Sin embargo, creo que ésta es la mejor ocasión de escribirle á Guillermo... ¡Ahora que acabo de revolver todo el fango de mi tempestuosa existencia, me costará menos trabajo retratarme con negros colores!...

Así hablando, cogió la pluma y trazó vertiginosa-

mente estas palabras, sin atreverse á leerlas mientras las escribía, como horrorizada de su propia obra :

“Mi estimado Guillermo :

”Siento mucho tener que decirte toda la verdad ; pero es absolutamente preciso, ya que tu muy disculpable amor propio no la adivina cuando te la digo á medias...

”Me pedías esta tarde que te refiriese la dramática historia de mis amores, y te la voy á resumir en pocas palabras. Mi historia, como la de Manon Lescaut, es el apólogo de la *Veleidad*... ¡Negóme Dios la virtud de la constancia, y, siempre que me he cansado de una cosa ó de una persona, he preferido los mayores contratiempos á la incomodidad de sufrirla...

”Ahora bien, mi pobre Guillermo: tu malhadada *Pródiga* se ha cansado de su quinto amante, y va á matarse muy lindamente, para librarse á un propio tiempo de la melancolía que ya te causa su desamor, de la vejez, de la pobreza, de la soledad, de su mala reputación y de los desdenes de estos fanáticos campesinos... Perdona, pues, si mortifico en algo tu soberbia, y recibe un adiós cordial y franco de tu mejor amiga...”

—¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Esto es espantoso! ¡Esto es sacrílego!...—gritó Julia, deteniéndose, al tiempo de firmar.—¡Piense bien ó mal de mi triste muerte!... ¡Pero yo no quiero calumniarme dentro de su alma; yo no quiero hacerle dudar de este inmenso amor que me cuesta la vida; yo no quiero renunciar á su recuerdo, á su estimación, á su gratitud, á sus lágrimas!...

Y hablando así, rompió también aquel escrito y arrojó los pedazos al fuego.

—¡A sus lágrimas!...—añadió en seguida con

despecho y sarcasmo.—¡De un modo ó de otro, no durarán muchos días! ¡Es lo bastante cruel y ambicioso para olvidarme por sí mismo, sin necesidad de que yo le ayude á ello, suicidándome dos veces!... ¡Bien rota está, pues, mi segunda carta, y alégrome mucho de no imitar, ni tan siquiera en la forma, el repugnante sacrificio de la... no muy *Dama de las Camelias*! ¡Oh! No... ¡Yo no soy la *Traviata*! ¡Yo soy la marquesa Julia, y no debo escarnecer el único acto digno de una noble sangre que habré ejecutado en mi triste vida!... ¡Harto haré con no escribirle nada! ¡Harto haré con no recriminar al ingrato á quien adoro, para que ni la conciencia ni la hipocondría lo mortifiquen largo tiempo!... ¡Porque le adoro, sí!... ¡Le adoro más que nunca!... ¡Le adoro, por lo mismo que temí siempre que mi cariño no fuera bastante á labrar su dicha, no pesara tanto como su ambición, no lo retuviera perpetuamente en esta soledad!... ¡Ah desdichada *Pródiga*! ¡Más te valiera no nacer, que haber nacido para amar demasiado!

Púsose de pie, temerosa de volver á afligirse, y comenzó á pasearse á todo lo largo del gabinete.

En este mismo instante (las tres de la madrugada), el bueno de Guillermo se retiraba de puntillas á su dormitorio, sin caer en la tentación de llamar á las habitaciones de Julia, bien porque la supusiera profundamente dormida, bien por miedo á suscitar á aquella hora nuevos altercados... ¡De suceder las cosas de otro modo, de haber llamado el joven á aquella puerta para enterarse de la salud de la afligida *Pródiga*, tal vez cambiara por entero la suerte de los dos amantes!... Pero la sentencia estaba escrita y el fatigado poeta no llamó.

Muy lejos de ello, fué tal el sigilo con que se recogió en su cuarto para ocultar que había pasado la noche leyendo los periódicos, que la vigilante Julia no oyó ningún ruido... Solamente media hora después, cuando, impulsada de nuevo por el amor y la curiosidad, volvió á acercarse á la que ya iba siendo puerta de su sepulcro, para observar si el cuitado seguía leyendo, y aun para complacerse en verlo todavía una vez..., las tinieblas del salón le dijeron que ya se había retirado á descansar tranquilamente y á soñar con Madrid...

—¡No ha pensado—exclamó acerbamente la antigua deidad—en mi dolencia de esta mañana, ni en que esta tarde y esta noche ha padecido horriblemente mi espíritu! ¡No ha pensado en que á estas horas podía estar llorando ó muriéndome!... ¡No ha sido siquiera para tocar á la puerta y preguntarme si estaba mejor!... ¡No me ama!

De lo que pensó y sintió Julia desde aquel momento hasta que amaneció, pudiéramos escribir muchos capítulos; pero nos limitaremos á indicar brevemente el giro que fueron tomando sus ideas.

Después de pasearse largo tiempo por el gabinete, consultando el reloj cada vez que pasaba por delante de la luz, como si cada minuto le pareciese una hora, abrió las maderas de un balcón que daba á Levante, y se puso á mirar el nublado cielo, con ansia vivísima de ver clarear el alba. Conocíase que tenía prefijado, como casi todos los suicidas, la hora, el sitio y el modo y forma de su muerte, y que su inteligencia era ya esclava de aquella determinación hasta en sus pormenores más insignificantes.

Había dejado de llover, pero no se vislumbraba ni una

estrella. La obscuridad de la tierra y del firmamento era absoluta. Dijérase que en aquel cristal en que *la Pródiga* apoyaba su encendida frente terminaba la creación y empezaba el caos, ó acababa la vida y comenzaba la eternidad.

—¿Dónde está Dios, que no le veo en este supremo trance?—preguntó á las tinieblas la descreída aristócrata. —¡Silencio y obscuridad como siempre!... ¡Ay! Yo no he visto jamás á ese Dios en parte alguna... ¡Verdad es—añadió al cabo de un rato—que tampoco lo he buscado nunca con afán! Enseñáronme desde niña á pensar más en la tierra que en el cielo, y yo no olvidé la lección cuando le fuí útil á mis pasiones y apetitos... ¡Qué claramente se explican unas á otras, al borde del sepulcro, las cosas de la vida!... Mi padre había sido volteriano en su juventud, como casi todos los nobles de su tiempo, y *no creía en nada*... ¡Me parece estárselo oyendo proclamar, en sus graciosos altercados con mi aya Lucy..., cuya cabecita de albina le gustaba no poco al ya impedido viejo! De mi madre apenas guardo memoria, pero sí recuerdo que ella fué quien me enseñó á rezar... con los labios: y yo rezaba, en efecto, maquinalmente, cuando soltera, y también recé durante mis cuitas de casada, y hasta un año más, ó sea mientras estuve en el convento... Pero ¿qué es *rezar*? ¡Yo rezaría también ahora, como rezaban aquellas monjas automáticas y sin imaginación!... Mas el caso es *creer*; y á esto... ¡no me han enseñado nunca! ¡Aciago fué sin duda el día en que nació! “*¡No hay Dios, Julia de mi alma!*... (me escribía mi infeliz hermano pocos minutos antes de levantarse la tapa de los sesos). *¡No hay Dios, y por eso me mato!* *¡Si creyera*

en El, me haría fraile cartujo! Sal de ese convento, ya que ha muerto el bárbaro de tu marido, y goza y triunfa, mientras tengas dinero... Cuando dejes de tenerlo, haz lo que yo: ¡mátate!" ¡Pobre Alfonso!... ¡No fueron tus palabras: fué la voz de aquel adorable demonio, cuyos versos trastornaron todo mi sér; fueron los poemas del terrible Byron los que me arrastraron al abismo de la duda!... Leyendo sus obras, me dí cuenta de que tampoco yo tenía fe en la Providencia divina, de que nunca me había parado á meditar en la razón ni en la eficacia de mis rezos, de que no era cristiana más que en el nombre... Y ¡á qué terribles consecuencias me llevaron entonces la absoluta ingenuidad de mi carácter, mi temeraria valentía, mi arrogante sinceridad... "¿Por qué respetar las leyes humanas si no se fundan en preceptos divinos?" me pregunté denodadamente... Y tremolé bandera corsaria contra la sociedad, y declaré la guerra al mundo en nombre de mi soberano albedrío... ¡Desventurada!... En fin..., ¡cómo ha de ser!... Dentro de dos horas sabré la verdad de todo... Dentro de dos horas sabré si me he equivocado en cuanto á la otra vida, como reconozco haberme equivocado en cuanto á ésta... ¡Y, si es cierto que hay un Dios que piensa en los hombres; si la palabra de Cristo es su ley; si allí me aguarda Jesús para juzgarme, habrá de reconocer que hartó castigada me he visto en el mundo por haberme separado de su doctrina!... ¡Ah! Sí..., ¡muy castigada, al darme tan desastrada muerte después de una vida de horrores y miserias, que en este momento me abochornan, y de que no puedo..., ó no sé, ó no me vale ya arrepentirme! Digo más, y lo digo con toda la energía de mi alma: ¡hubiera

yo tenido fe en Dios, y no habría delinquido!... ¡Porque yo no comprendo que haya quien crea y delinca á un propio tiempo! ¡Porque, para mí, los que pecan deliberadamente no creen en realidad, aunque se llamen cristianos y parezcan devotos! ¡Porque es imposible ver á Dios y faltarle! ¡Porque el pecado no es más que la sombra de la duda! ¡Y también proclamo, en esta mi última hora, que si yo creyera que todavía vives, ¡oh Jesús mío!, si yo temiese tu cólera, como admiro y reverencio tu ley de amor y de caridad, me abrazaría á tus pies como la Magdalena, y los bañaría con mi llanto, y los enjugaría con mis cabellos, y sería penitente, sería mártir, sería santa!... Pero yo no sé engañarme á mí misma..., como tampoco he sabido engañar nunca á los demás... ¡Yo no creo en tu divino poder, y por eso me suicido!... Es decir: que he venido á parar á la terrible fórmula de mi hermano.

Tal fué la confesión de *la Pródiga*.

Acercóse luego á la luz, y abriendo un guardapelo que figuraba entre los dijes de su reloj, contempló el retrato de un joven muy parecido á ella, aunque no de expresión tan noble y digna, y exclamó con sarcástica naturalidad:

—¡Ah, mi buen Alfonso! ¡No contaba yo con seguir tu ejemplo!... ¡Para ello ha sido necesario que un hombre fatal, á quien amo con toda mi alma, venga á ponerme en la alternativa de labrar su desventura ó morir!...

Cerró el medallón y tornó á sus paseos.

Ya eran las cuatro y media. Los gallos habían cantado varias veces, y un leve estremecimiento de los

árboles del jardín, cuyas ramas podían muy bien tocarse con la mano desde aquel balcón, anunciaba que se había alzado el vientecillo precursor del amanecer. Arriba, en la torre, volvían á arrullar las tórtolas y las palomas, por cuenta ya del futuro día, después de haber callado una hora ó dos como descanso del día precedente.

Aquel monótono canto de las amorosas y pacíficas aves enterneció á Julia.

—¡Vuestros arrullos de hoy durarán más que mi triste vida!...—se dijo, suspirando por la existencia que iba á perder.

Pero muy luego recobró su habitual denuedo; y sacudiendo la cabeza con arrogancia, comenzó á abrir y cerrar cómodas y armarios.

Vistióse entonces de amazona, no sin poner gran esmero en su tocado y atavío; calzóse la espuela; dispuso sobre un velador el sombrero varonil, los largos guantes y el látigo, y se acercó de nuevo al balcón.

Ya clareaba el día... Entre el encapotado cielo y la obscura tierra veíase, en la línea del horizonte, una amarillenta faja de claridad, que, más que la alegre sonrisa de la aurora, parecía el galón de oro de un paño fúnebre...

Los pajarillos del jardín no saludaron aquel amanecer. El mismo cielo negóse á reflejar la luz del nuevo sol, y, extendiendo sus crespones de nubes, borró la faja de claridad crepuscular... Dijérase que se habían vuelto á cerrar las puertas del día... Comenzó entonces á llover sosegadamente, como cuando la lluvia va á durar largo tiempo; y, pasada otra especie de noche, ó sea algunos minutos de renovada obscuridad, filtróse al cabo por

la nublada atmósfera la bastante luz para que se distinguieran unos objetos de otros; con lo que ya pudo decirse que había principiado en aquel valle el 2 de *Octubre*, primer día siguiente al del casamiento de Brígida.

Por lo demás, en todo el cortijo, y aun en el piso bajo de la noble vivienda, sonaban, hacía ya rato, varios ruidos de vida y actividad humana... Oíase, verbigracia, abrir y cerrar puertas; cerner; dar voces (dirigidas á las bestias y á los muchachos); el agrio chirrido de la garrucha de tal ó cual pozo, y, por supuesto, el repiqueteo de muchos almireces, como señal de que las madrugadoras cortijeras estaban haciendo ya las cotidianas gachas de caldo colorado...

—¡Lo mismo que todos los días!... ¡Felices gentes! —pensó Julia, poniéndose el sombrero y cogiendo los guantes y el látigo.

Despidióse en seguida, con una rápida ojeada, de aquellos muebles y de aquellos muros, únicos testigos y confidentes de su dolorosa determinación; suspiró con pesar, al ver que nada ni nadie la detenía ni podría ya detenerla..., y salió, en fin, en busca de la muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## XII

"ALFONSO REYES"

EN EL QUE JOSÉ VUELVE Á LLEVAR <sup>1825</sup> EN MONTERREY, MEXICO  
EN BRAZOS Á JULIA

Serían las nueve de la mañana cuando Guillermo, que dormía profundamente, sintió llamar á la puerta de su